

Presentación

Ruinas y *jazz* en el capitalismo tardío

En una Nueva Orleans que todavía se relame las heridas provocadas por el huracán Katrina, los personajes de la serie *Tremé*, de David Simon, luchan por reconstruir su vida anterior y resucitar el alma de una ciudad a la deriva. La constatación de que su lugar en el mundo nunca volverá a ser el mismo sitúa a sus habitantes frente a la disyuntiva de sucumbir trágicamente a la melancolía o, en el mejor de los casos, intentar recuperar aquello que alguna vez valió la pena del lugar donde fueron felices, pero adaptándolo a las peculiaridades de la nueva realidad. Los que optan por la segunda vía no lo tendrán fácil: deberán sobrevivir entre quienes quieren construirse un castillo con las cenizas del desastre, bajo el cartel luminoso de la *novedad* que reemplaza a lo *obsoleto*, lo *desechable*, como sinónimo de aquello que corta las alas al capital, como sinónimo de aquello que, con independencia de su valor para los vecinos y las comunidades del municipio, es incapaz de reemerger como oportunidad de negocio. Antiguos bares de *jazz*, comercios populares e incluso barrios enteros que hasta entonces habían sido el único hogar posible para los neorleaneses con menos recursos resultan poco más que vestigios del pasado que no encajan en los cuadernos de negocios de los nuevos emprendedores inmobiliarios. Pese a todo, unos cuantos valientes asumirán la misión de reavivar lo valioso de sus

vidas anteriores sabiendo, sí, que el pasado no volverá, pero también que en él hubo algo que hizo que mereciera la pena vivirlo —por eso, en Nueva Orleans, se llora a los muertos con *jazz*— y cuyo espíritu, aunque los tiempos cambien, debe sobrevivir a la devastación de la tormenta.

Eso es precisamente lo que intenta en la serie el personaje de Antoine Batiste, un trombonista que antes del desastre se ganaba la vida como músico *freelance* en clubs del Barrio Francés y que, confrontado con una dura realidad de establecimientos cerrados para siempre, músicos desaparecidos y grupos en descomposición, decide formar su propia banda. El panorama contra el que se rebela Batiste, sin duda, resultará familiar a muchos marxistas y liberales de izquierda que, entre el ocaso del pasado siglo y el amanecer de este, presenciaron, respectivamente, la descomposición de los Estados socialistas surgidos durante el siglo *xx* y el desmantelamiento de muchos de los logros alcanzados en ese mismo periodo por los sindicatos y los partidos socialdemócratas, tanto en Europa occidental como en América del Norte. Con todo, nuestro trombonista les ofrece una receta alentadora ante las ruinas del presente: reunir a quienes todavía tienen ganas de hacer sonar sus instrumentos para que la música que inspiró a tantos siga sonando, aunque lo haga en nuevos escenarios, frente a nuevas dificultades y con nuevas piezas en el repertorio.

Una banda de *jazz* fue precisamente la metáfora que eligió Gerald A. Cohen para ilustrar su forma de entender el comunismo de Marx (Cohen 1995; Vrousalis 2012). En ella, todos los músicos tocan su propia melodía con el ritmo que más les satisface, pero lo hacen de una manera que permite al resto hacer sonar las notas que más les apetecen en cada momento. Así, el disfrute de cada uno de ellos es a la vez el de toda la banda y, de paso, de quienes se reúnen para escucharla (Cohen 1995, 122). Marxistas y liberales igualitaristas tocan a menudo instrumentos distintos, a ritmos distintos y desde legados teóricos diferentes. Sin embargo, quienes firmamos esta presentación pensamos que, como los buenos músicos de *jazz*, pueden tocar en armonía y que, cuando sus compases no encajen, pueden enriquecer su repertorio escuchando cuidadosamente las melodías ajenas. Lo importante es que, como la banda de Antoine Batiste en *Tremé*, suenen más alto

y más claro cuanto más ruidosos sean los augurios catastróficos y más abocado parezca el mundo al silencio de la derrota.

En términos históricos, el colapso del bloque soviético en los años noventa del siglo xx fue vivido por buena parte de los marxistas en Occidente como una catástrofe intelectual y existencial semejante a la del Katrina para los habitantes de Nueva Orleans: de repente, todo a lo que habían dedicado su vida y sus esfuerzos pareció ser anegado por la fuerza inapelable de la historia. Los que consagraron buena parte de su existencia a la lucha por una sociedad más justa e igualitaria y apostaron para ello a las categorías marxistas vieron cómo ese proyecto intelectual, político y moral por el que se afanaron quedó convertido en fango. No tardarían en llegar los dictámenes de ese deceso en forma de «fin de la historia», de la mano de Francis Fukuyama.

Muchos de aquellos marxistas, con la caída del bloque del socialismo real, pasaron a velar al difunto refugiándose en la estética o la crítica literaria; otros abrazaron con entusiasmo indisimulado la banalidad de una postmodernidad que parecía aceptar la sociedad de mercado y la lógica del espectáculo como la única partitura que podría tocarse en la sociedad del futuro. Hubo quienes se sumieron en una profunda melancolía de la que les costó décadas salir. Algunos se pasaron con armas y bagajes al enemigo y aún hoy —con el mismo fanatismo con el que en los años setenta defendían exactamente *lo contrario*— forman parte de los voceros del capitalismo neoliberal más salvaje desde los medios de comunicación de masas.

Pero esa catástrofe política la venían anticipando, también en lo intelectual, el grupo de jóvenes filósofos que a lo largo de los años ochenta, y con el impagable empujón del libro de G. A. Cohen *Karl Marx's Theory of History. A Defence* (Cohen 1978), propusieron esa nueva categoría académica de «marxismo analítico», una categoría que pretendía acercarse al legado marxista sacudiéndose todas sus viscosas adherencias metafísicas y dialécticas y a la que dio carta de naturaleza John Roemer, con la edición de una colección de ensayos que reunía a sus principales miembros, entre ellos los bien conocidos Cohen, Elster, Olin Wright o el propio Roemer (Roemer 1986).

Esa tradición del marxismo analítico es, además, esencial para la propuesta que recoge este libro porque constituye un gozne privile-

giado para un diálogo entre las dos tradiciones de las que pretende ser heredero nuestro proyecto: la que arranca directamente del legado marxiano y la que irrumpe con fuerza en el corazón mismo del sistema capitalista de la mano de la obra que revolucionó la filosofía política del último cuarto del siglo XX, el libro de John Rawls *A Theory of Justice* (Rawls 1971; 1999).

El enfrentamiento de esas dos tradiciones nos parece menos útil que alentar la posibilidad de un diálogo complementario. No en vano, ambas (bien es cierto que con acentos y metodologías diferentes y desde sensibilidades culturales dispares) siguen empeñadas en tratar de despejar esa ecuación que el mejor legado ilustrado del que disponemos se planteó como tarea: la de dar forma a una sociedad que pueda armonizar *con el menor sacrificio posible* la totalidad de los valores que nos importan: la libertad, la igualdad, la justicia y la solidaridad.

De una manera un tanto exagerada, algunos filósofos políticos presentan *A Theory of Justice* como «el libro que acabó con el marxismo occidental» (Heath 2024). Se trata de una provocación, claro, porque si no sería incomprensible el peso y la importancia que actualmente tienen en la academia occidental y no occidental nombres como los de David Harvey, Lea Ypi, Marcello Musto y Alberto Toscano en la órbita anglófona; Christian Laval, Pierre Dardot y Frederic Lordon en la órbita francesa; Michael Heinrich, Hans-Georg Backhaus y los proponentes de la nueva lectura de Marx en Alemania; o la actualización que, desde el ecosocialismo, Kohei Saito ha hecho de la larga (y desconocida en Europa) tradición del marxismo japonés tanto en economía (Kōzō Uno, Kuruma Samezō, Ryuji Sasaki) como en filosofía (Akihide Kakehashi, Kan'ichi Kuroda, Katsumi Umemoto). Desde hace unas décadas, el retorno de Marx en el mundo académico ha sido un fenómeno sin parangón y ¡hasta Gianni Vattimo acabó reivindicando a Marx desde la tradición hermenéutica! (Vattimo y Zabala 2012).

No obstante, la tesis de algunos liberales (Heath incluido) es que muchos marxistas descubrieron que, una vez que despojábamos al marxismo de toda la *bullshit* que lo rodeaba, «no quedaba más que liberalismo». *Boutade* por *boutade* podríamos decir nosotros que, muy a su pesar, Marx se vio obligado a hacerse socialista *a fuer de haber sido ya siempre liberal*, pues, en efecto, sin esa «impaciencia de la liber-

tad» que recorre su obra como un bajo continuo nada se entiende del impulso ético que *también* es el marxismo. Todo en Marx —desde la teoría del valor a la socialización de los medios de producción, desde la crítica al fetichismo de la mercancía pasando por su filosofía de la historia— apunta a lo mismo: saludar un tiempo histórico donde la libertad y las capacidades de todos los miembros de la especie (y no solo de algunos) se puedan desplegar sin coacciones. Pero ese «núcleo de verdad» que los partidarios de Rawls retienen del marxismo, a saber, el valor incondicional de la libertad individual como bien primario de una sociedad bien ordenada, no toma en cuenta todos los *ángulos muertos* que la teoría rawlsiana de la justicia tiene —probablemente como resultado de su filiación idealista kantiana— y que la mirada materialista de Marx puede ayudar a corregir: por ejemplo, la desatención de Rawls a la radical *historicidad* de la condición humana, su ceguera respecto a las *relaciones efectivas* de poder que la historia ha inscrito en las comunidades humanas plurales diversas y realmente existentes, el carácter *constituido y no constituyente de la subjetividad* que la posición original parece olvidar o la condición catastrófica y autodestructiva («caníbal», de acuerdo con la lúcida caracterización de Fraser [2023]) que está inscrita en el corazón mismo del capitalismo tanto en lo ecológico como en lo social.

Hoy el ruido de esa «catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina» (Benjamin *dixit*) ensordece nuestro mundo y se ha convertido en una evidencia para todos los que no se benefician de ella; también lo es que la banda sonora que suponíamos que amenazaría el fin de la historia cada vez exhibe más señales de agotamiento. En otros lugares, algunos de los editores de este libro nos hemos referido a ese agotamiento con la metáfora del *cansancio del capitalismo* (Arenas 2021) en el doble sentido que tiene el genitivo en español. En el sentido subjetivo, ese cansancio se revela en el rechazo por parte de sectores cada vez más amplios de la población de un sistema económico que ha dejado de garantizar la satisfacción de las necesidades básicas a cambio de un trabajo remunerado. No es irrelevante que el malestar psíquico de las sociedades capitalistas se haya abierto paso como un problema que ocupa las agendas políticas actuales o que estemos asistiendo a lo que el psicólogo Anthony Klotz ha denominado

la «gran renuncia» («the great resignation»), término acuñado para nombrar un fenómeno social en Estados Unidos, donde empleados de todas las industrias y de diferentes profesiones han comenzado a renunciar de manera masiva a sus empleos (en no pocos casos incluso empleos bien remunerados)¹.

No obstante, ese agotamiento también se da en el sentido del genitivo objetivo: a saber, la fatiga lo es *del propio capitalismo* y tiene que ver con las contradicciones estructurales de una economía que, a los límites internos que Marx en su momento diagnosticó (caída tendencial de la tasa de ganancia), suma ahora los límites externos (energéticos y ecológicos) que se vienen detectando desde al menos el informe del Club de Roma de 1972, *Los límites del crecimiento*. Las tensiones ecológicas y medioambientales a las que estamos asistiendo (con sus efectos sociales colaterales) están dejando ver con claridad que el crecimiento económico no flota sobre un vacío ontológico, como parece dar por hecho el discurso económico oficial, donde materiales y energías son tratados como un insumo más y no como lo que en realidad son: precondiciones del proceso productivo. La esperanza que en los últimos meses ha despertado la inteligencia artificial, como el nuevo *hype* económico que lo revolucionará todo, olvida, una vez más, que la infraestructura material que sostiene esa economía digital (supuestamente desmaterializada) supone un crecimiento exponencial de los niveles de extractivismo energético y de materiales que conocíamos hasta la fecha. Los gurús económicos que abanderan la revolución de la IA pretenden hacernos ignorar lo que saben bien los activistas climáticos: que «tu nube seca mi río»².

¹ Entre la generación Z, este fenómeno se manifiesta en el abandono de la carrera por el ascenso a las posiciones superiores en la jerarquía organizativa de las empresas. En el momento en el que redactamos estas líneas, la juventud trabajadora cada vez se inclina más hacia una tendencia bautizada como «quiet ambition», que consiste en anteponer las buenas condiciones laborales al ascenso profesional, desde el planteamiento de que ni el esfuerzo que conlleva progresar hasta los cargos directivos ni el estrés y la presión a la que se ven sometidas las personas que los alcanzan se ven correspondidos en términos de calidad de vida fuera del trabajo (Robinson 2023).

² Cf. <https://tunubese.camirio.com>.

Por tenebrosos caprichos del destino, Valencia, el lugar en el que se gestó este libro, y que, como la Nueva Orleans de *Tremé*, da sentido con su música a la vida de quienes firmamos estas páginas, también vivió en sus carnes el rostro más duro de las consecuencias de la crisis ecosocial. Las lluvias torrenciales de finales de octubre de 2024, justo cuando se redactaba esta presentación, causaron daños personales y materiales comparables en escala poblacional a los que provocó el Katrina al sur de Luisiana. La virulencia de los episodios antes conocidos como *gota fría*, multiplicados en frecuencia e intensidad por el crecimiento de las temperaturas del Mediterráneo —y, por qué no decirlo, por la gestión perezosa y en ocasiones incluso negacionista de algunas Administraciones—, convirtieron a las zonas residenciales construidas en tierras inundables en una presa fácil para aquellas aguas que desbordaron barrancos y torrentes por doquier. Los vaticinios de los ecologistas, tan injustamente ignorados para salvaguardar intereses privados cada vez más incompatibles con la vida en el planeta, de repente se hicieron ciertos delante de nuestros ojos, advirtiéndonos descarnadamente de la urgencia del problema que se nos avecina.

A esa crisis ecosocial planetaria, que amenaza con poner en riesgo las bases materiales de supervivencia de la especie, se suma una desigualdad desbocada que no ha hecho sino crecer exponencialmente en las últimas décadas y gracias a la cual una exigua minoría de la humanidad empieza a tomarse en serio la posibilidad de exiliarse del resto de la especie (Rushkoff 2023). Y todo ello en el marco de una economía productiva cercenada por la financiarización del capital, tensiones ecosociales y demográficas crecientes y horizontes de privación energética y alimentaria que nos obligan a tomar muy en serio la posibilidad de que estemos asistiendo a cámara lenta (aunque con momentos puntuales de *fast forward* como la crisis de las puntocoms en el 2000, la burbuja inmobiliaria en 2008 o la pandemia de COVID-19 en 2020) al agotamiento de la civilización industrial que surgió hace poco más de tres siglos. Somos muchas las personas que estamos íntimamente convencidas de que, por razones sociales, ecológicas y termodinámicas, la vida capitalista que conocimos como única alternativa tiene próxima su fecha de caducidad y de que ello nos obligará a repensar radicalmente nuestra relación con la naturaleza, con los otros y con nosotros

mismos. Para esa tarea, no nos sobrará ninguna fuerza, ninguna idea, ningún aliado.

Así pues, contemplamos, a gran escala, el mismo paisaje que los personajes de *Tremé* y tenemos la misma misión que Antoine Batiste: llorar a los muertos sin dejar de tocar para los vivos; no atorarnos en la desorientación por el cambio de escenario, sino crear nuevas piezas que, aunque inspiradas por viejas partituras, puedan estar acompasadas con el presente y pervivir en el futuro. Es cierto que ni la universidad tiene el austero y, a la vez, exuberante glamur de los bares de Nueva Orleans ni quienes nos dedicamos a la carrera académica tenemos el *flow* de un músico de *jazz*. En el mejor de los casos, podemos vestirnos con el hábito de los monjes medievales y —como nos reveló una vez Santiago Alba Rico en una sobremesa— proteger el conocimiento y el pensamiento mientras todo arde, para que nos quede algo con lo que apagar el incendio a tiempo y hacer que brote la esperanza en el futuro.

Una de nuestras humildes contribuciones a esa misión fue la celebración, en septiembre de 2023, de unas jornadas internacionales tituladas Nuevos Marxismos y Liberalismo Igualitarista ante los Retos de las Sociedades del Siglo XXI, en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universitat de València³. Como indica su denominación, el objetivo del encuentro era albergar un espacio de pensamiento en común en el que referentes herederos de distintas tradiciones tenderían puentes entre la teoría y la práctica para, así, proyectar el legado intelectual de esas corrientes sobre la tarea de diagnosticar los problemas de nuestro mundo e inspirar recetas para su resolución. Entre todos ellos conformaron un cartel que incluía, además de los organizadores —Luis Arenas Llopis, Óscar Cubo Ugarte y Jesús Mora—, a Juan Manuel Aragüés Estragués, Borja Barragué, Raül Digón Martín,

³ Las jornadas pudieron organizarse gracias a la financiación de la Comisión de Cultura de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, el Departamento de Filosofía y una ayuda concedida por el plan de subvenciones para la organización y difusión de congresos, jornadas y reuniones científicas, tecnológicas, humanísticas o artísticas de carácter internacional, enmarcado dentro del Programa I+D+i de la Consellería de Innovación, Universidades, Ciencia y Sociedad Digital de la Generalitat Valenciana.

Michael Heinrich, Fernando Lizárraga, Macarena Marey, Josep Joan Moreso, Clara Navarro Ruiz, César Ortega Esquembre, Ángel Puyol, Jahel Queralt, Clara Ramas, César Rendueles, César Ruiz Sanjuán y Nicholas Vrousalis. Todos ellos tienen en común que, desde posiciones diversas y con importantes matices, pertenecen a alguna de las diferentes corrientes que integran el liberalismo igualitarista, el marxismo analítico, la nueva lectura de Marx o alguna otra coordinada en el espectro de la familia marxiana. En algunos casos, incluso, sus posiciones incorporan ideas de varias de esas escuelas, sin que sea posible clasificarlos como portadores de *solo* una de las etiquetas recién enumeradas.

Que el cartel de las jornadas se erigiese sobre los pilares filosóficos de esas corrientes se justifica por su relevancia teórica y su vigencia para un contexto aquejado de algunos de los males que explicaron, en primer término, su génesis. En un escenario de crisis del capitalismo, casi resulta superfluo reivindicar que se vuelva la mirada a la obra de Marx y Engels —y a toda una tradición posterior influida por ella—, pues representa el proyecto de crítica a dicho modo de producción más sistemático y rico. No es casualidad que en los últimos años se haya revitalizado el interés por el proyecto de crítica de la economía política, tanto en lo que tiene que ver con la reconstrucción de sus categorías (Heinrich 2001; Ruiz 2019; Ramas 2018) como en cuanto a su capacidad para comprender y atajar las consecuencias más actuales de la acumulación de capital, en particular la crisis ecosocial (Saito 2022a; 2022b). Asimismo, la vida de Marx y las diferentes etapas evolutivas de su pensamiento ocupan hoy a numerosos autores (ver *i. a.* Castro-Gómez 2022; Musto 2020; Heinrich 2021) que aspiran a seguir dando sentido a su prolífica, y a la vez incompleta, producción científica.

Respecto al liberalismo igualitarista, no podemos decir que, desde la publicación de la *Teoría de la justicia* de John Rawls (1971; 1999), sus categorías y preocupaciones hayan perdido vigencia. Si antes mencionábamos el crecimiento de las desigualdades como una de las señales de agotamiento que emite hoy el sistema capitalista, también debemos señalar lo imprescindible que resulta la obra de Rawls en un mundo en el que la riqueza heredada sigue explicando una parte tan importante de las diferentes expectativas vitales de las personas (Piketty 2015;

Salas Rojo y Rodríguez 2020). Como ocurre con Marx, la vida y la filosofía de Rawls mantienen el atractivo de los grandes clásicos, con una vitalidad que atestiguan nuevas y exitosas relecturas de sus principales categorías y que nos animan a no olvidar la energía que insuflaron a la filosofía política de su época (Forrester 2019).

Un intento, como el que inspira este volumen, por poner en diálogo a marxistas y liberales igualitaristas merece, sin embargo, ser reseñado, incluso aunque no quepa a nadie la menor duda de que nuestro tiempo exige prestar atención a sus respectivas ideas. Conviene recordar, a este respecto, que aquellas comprensiones de Marx que más se han aproximado a la obra de Rawls a menudo han sido consideradas como revisiones *sui generis* del propio marxismo. Nos referimos, por supuesto, al antes mencionado marxismo analítico y a su particular forma de interpretar las perspectivas marxianas sobre la historia o la explotación. El énfasis del Grupo de Septiembre (Cohen 1978) y sus herederos en aspectos institucionales como la estructura distributiva de la sociedad (Roemer 1986, 81-113), y su afinidad con metodologías y modelos afines a los economistas neoclásicos como la teoría de juegos o la elección racional (Elster 1985), abren, sin duda, un hiato con otros pensadores marxistas, ampliado tal vez por las declaraciones altisonantes de algunas de sus figuras de cabecera (ver Cohen 1978, xxvi).

Todo ello tal vez haya oscurecido la utilidad que puede surgir del diálogo entre rawlsianos y marxianos, lo cual solo podemos lamentar si tenemos en cuenta que «la teoría de Rawls nos proporciona un lenguaje común en el que toda persona que esté lo suficientemente motivada por la justicia como para querer entenderla, e impulsar su advenimiento, puede comunicarse», y que su inapelable condición de autor liberal no le impidió problematizar la propiedad privativa de los medios de producción en el capitalismo (Edmundson 2017, 12-13), algo poco habitual allende los confines de la tradición marxista. De la misma manera, los alineados con la crítica de la economía política de Marx pueden enriquecer el espectro reflexivo de los liberales igualitaristas, en particular en cuanto a las dificultades para armonizar las demandas de la *Teoría de la justicia* con la supervivencia del capitalismo, incluido el capitalismo de bienestar dominante durante las tres décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial en gran parte del mundo occidental.